

MISERERE

Tita Valencia

*Et il vit que la dissolution de la mort
n'était que l'affranchissement de cette
tourbe turbulente qui se rue vers mille au-
tres mouvements inutiles.*

Marcel Schwob

Nosotros, seres infinitesimales, no pensamos bastante en Dios. Nos contentamos con ser en El, y esta fatalidad ha llegado a sernos indiferente. Tal vez porque frente a ella nada puede nuestro libre albedrío. De nada serviría rebelarse. No existen salidas falsas como quieren suponer algunos idealistas. También la muerte voluntaria entra en el orden oculto de la vida, obedece a fuerzas de atracción claras y radicales. Escapamos de Dios para caer en Dios.

He olvidado decir que soy una neurona, microscópica estrella anónima en el cuerpo inconcebible del Todopoderoso. Trabajo incesantemente en la transmisión de mensajes y el largo oficio me ha permitido descifrarlos en su mayor parte. Sólo los que provienen de El en forma directa —a través de la zarza ardiente del cerebro— son incomprensibles; a ojos cerrados hay que proceder a la concatenación de reacciones consecuentes. Signos como “incomunicabilidad”, “angustia”, “euforia”, “desquiciamiento”. ¿Pero quién sería yo si pudiera entender Sus designios?

Vivo en un ámbito de penumbra rojiza, en un verano pleno y húmedo. La oscuridad está poblada de estrellas a mi imagen y semejanza, y nuestras arborescencias se confunden en una comunicación fraternal y geológica en el suelo esponjoso. Descargas, sucesiones de eclipses sobre fosforescencias calcáreas, inmensas esferas flotantes, flores bermejas y violeta, arcos reflejos, son nuestro mundo. Allá lejos, tras los océanos vivientes, los seres cambian, son sociedades continentales que persiguen otros fines y habitan diferentes paisajes. Sin embargo nos llegan noticias de sus costumbres, de las catástrofes que los aquejan, de sus entusiasmos, de sus renovaciones. Eso distrae nuestra rutina. Insisto. A quien quiera percibirlo le dan visiones fragmentarias —destellos en la arista de un prisma infinito de Dios.

Por ejemplo. Corre la voz de que una sociedad de células ha descubierto el sustrato de la inmortalidad potencial. Han vuelto misteriosamente a su estado germinal, embrionario, infantil. Están, pues, proliferando en forma extraordinaria, invadiendo en su pujante juventud tierras ajenas, conquistando reinos por asalto. Nos preguntamos adónde llegarán, y qué intervención se espera de nosotros, grupos neutrales. Hasta qué punto permitiría Dios el triunfo de un poderoso sector irresponsable, victimario de razas inocentes y desarmadas. Si bien — ¡con qué desconsuelo lo confieso! —, la nuestra es desde siempre una historia de insurrecciones, represalias e infames genocidios, que han esperado inútilmente Su intervención. Pues El, de quien el Bien y el Mal forman parte, está más allá de ellos.

* * *

Creo que no todo se ha destruido todavía. La maquinaria suspendida podrá funcionar aún, mas es necesario no demorarse.

Todavía reina el caos. "Arma de fuego", "angustia", "terminar", "suicidio". Estos fueron los signos que nos fueron transmitidos de muy arriba, de la zarza ardiente y privilegiada que percibe los pensamientos de Dios. ¿Pero quién sería yo si conociera Sus designios?

¡Ah, la electricidad nos daba una luminosidad sombría y una tensión alámbrica! A través del ámbito espeso se escuchó la detonación ensordecedora y el universo invisible y exterior se resquebrajó en heridas infinitas, penetrándonos. Ancladas a la impotencia de nuestras raíces presenciamos la huida despavorida de la sangre, de esa multitud encendida en la locura, agónica, densa como el dolor o la duda. Las células negras se desprendieron de cuajo para alejarse en una navegación sin norte por las espesas aguas anárquicas. Rombos agresivos, globos de luz rota, jinetes monstruosos se precipitaron de los cuatro puntos cardinales emitiendo sonidos de desbarrancamiento y condena. Todo contacto se convirtió en abismo. La oscuridad estaba estriada de fisuras por las que entraba, relampagueante, la insoportable luz cósmica. Los seres más apacibles aullaban, y en un súbito despertar de jaurías atacaban ferozmente a sus próximos.

Dicen que los terremotos duran unos segundos, pero esos segundos son estáticos. Y el tiempo estático es la eternidad.

* * *

Miserere. Dios ha cesado. Nosotros todavía no, pero en la incoherencia de nuestras vidas residuales reconocemos Su ausencia aterradora. Nos devoramos sistemáticamente unos a otros con hambre nueva. Nos multiplicamos sin orden ni concierto, en la árida lujuria del sin sentido. Agonizantes, asumimos funciones que no son las nuestras. Todo es suplantación. Somos unos autómatas sin alma conductora, voraces y desdichados, languideciendo en el silencio mortal. Nuestros días son una fiesta lúgubre. Hay quien proclama la libertad. ¿Libertad? Miserere. Más que nunca estamos presos en la agotadora nostalgia de Dios.

